

**TEORÍA ARQUEOLÓGICA EN AMÉRICA DEL SUR:
TEXTOS, PRETEXTOS Y CONTEXTOS**

Archaeological theory in South America: texts, pretexts and contexts

MARIO CONSENS *

Centro de Investigación de Arte Rupestre del Uruguay (CIARU)

* consens@adinet.com.uy

Artículo de reflexión recibido: 17 de marzo del 2008 · aceptado: 3 de octubre del 2008

RESUMEN

Cuando analizamos la bibliografía y las publicaciones arqueológicas respecto a la teoría arqueológica en América del Sur surgen varios interrogantes, pero en realidad, ¿a qué se refieren estos documentos cuando mencionan o se remiten a tal teoría arqueológica? Admitimos que es difícil denotar los contenidos y la extensión de dicho concepto. Su imprecisión igualmente compromete toda posibilidad de poner en diálogo los contenidos semánticos, planteamiento que incrementa nuestra confusión cuando estudiamos los pocos textos especializados sobre este continente. Por lo tanto, nuestra tarea es analizar lo que para los arqueólogos, y aún para los filósofos, significa el concepto *teoría arqueológica*; y, por ende, aceptar que los usos y funciones con que hoy se emplea esta teoría cubren un área heterogénea y ambigua. Muchos de los textos que discursan acerca de la teoría arqueológica pueden ser meras propuestas y respuestas a específicos contextos académicos y geográficos, contextos que incluso varían con el tiempo.

Palabras clave: *teoría arqueológica, epistemología, posmodernismo, contexto, coherencia, arte como discurso.*

ABSTRACT

When we analyze the bibliography and archeological publications about archeological theory in South America, several doubts arise, but what really calls our attention is: what are they referring to when they speak about the different archeological theories? We admit that it is difficult to denote the content and the extension of such term. This lack of definition affects any possibility of bringing the semantic contents into dialogue, and consequently increases our confusion when studying the few specialized texts about this continent. Therefore, our task is to analyze what the concept of *archaeological theory* has meant for archaeologists and philosophers, and thus accept that its current use and functions cover a heterogeneous and ambiguous field. Many of the texts that speak about archeological theory could be mere answers and proposals for specific academic and geographic contexts, which in turn vary over time. This work explores some arguments, in order to see if we can accept, at least, the existence of some minimal, broad conditions, which a proposal should possess to be considered as archeological theory.

Keywords: *archeological theory, epistemology, postmodernism, context, coherence, art as discourse.*

INTRODUCCIÓN

Al iniciar este escrito apunté a comentar el estado de la teoría arqueológica en mi país (Uruguay) respecto a la de otros países de América del Sur en los que he tenido la fortuna de trabajar. En principio era una tarea que además de agradarme, me entusiasmaba. Una primera duda cobró fuerza a medida que analizaba la bibliografía y las publicaciones tanto de Uruguay como del continente, además de los pocos textos especializados que iba hallando: ¿a qué nos referimos los arqueólogos cuando hablamos de *teoría arqueológica*? En las lecturas reconocí que me era difícil precisar tanto el contenido como la extensión del término. Y esta indefinición compromete, a mi juicio, toda posibilidad semántica de diálogo tanto entre nosotros, como con los lectores.

Una búsqueda —no exhaustiva— por internet desplegó más de 170 sitios con heterogéneos contenidos que dicen ser de teoría arqueológica. Y la búsqueda bibliográfica posterior aumentó aún más mi desconcierto.

Debo así aceptar la realidad que proyectan nuestras publicaciones y discursos. Teoría arqueológica ha sido y es para los arqueólogos un campo heterogéneo excesivamente amplio e impreciso.

Aquellos textos que dicen ser de teoría arqueológica, en los hechos, son propuestas y respuestas múltiples, operadas dentro de contextos académicos y geográficos muy distintos. Contextos que, además, han sufrido importantes modificaciones con el transcurso del tiempo. Por ello la teoría propuesta por Willey y Phillips en 1958, poco tiene en común con los trabajos de los setenta de Watson, Le Blanc y Redman, Fritz y Plog, Binford, Eggert o Hodder. Menos aún con los de Shanks, Tilley, Lumbreras, Bates o Leone. Y quizá una gran mayoría de estos trabajos sean ajenos a la realidad latinoamericana.

NUESTRAS PERCEPCIONES

Lo anterior me impuso rever mi propósito original y apuntar, en primer lugar, a indagar si acaso podemos consensuar sobre la existencia de algunas condiciones mínimas, amplias, que deberían poseer y que, por lo tanto, pudiéramos exigir a aquellas propuestas que dicen ser teoría arqueológica. Todo esto no apunta a uniformizar los contenidos —el temido “fascismo intelectual” de Feyerabend (1982: 195)—,

pero sí a indagar si existe algún consenso entre los textos (contenidos y enunciados) que nos permitan emitir algún tipo de juicio crítico y de valor para así poder comunicarnos efectivamente.

Debería ser posible separar la teoría, estrictamente la teoría arqueológica, de aquellas otras exposiciones que no contribuyen al desarrollo de la misma teoría ni a la estructura del conocimiento y que, en los hechos, se desvían de las estrategias de la investigación y de los procedimientos de la construcción científica y del diálogo académico. Esas exposiciones resultan ser meros pretextos discursivos.

Por ello, no es ni puede ser teoría arqueológica hacer historiografía, reproducir parcialmente propuestas ajenas, o adular y omitir los aportes de colegas cuando se exponen propuestas ambiguas. Como tampoco es teoría arqueológica utilizar un solo caso de excavación o análisis de un conjunto para lanzar —como fuegos artificiales— presunciones genéricas que incluso se consideran modelos que permitirían explicar dicha casuística singular. Sin embargo, cualquiera de estos ejemplos han sido considerados acriticamente como aportes teóricos en nuestro continente.

Deberíamos partir de la idea de que los trabajos que se autotitulan aportes a la teoría arqueológica sin estar contextualizados en su medio de producción deben tratarse apenas como productos fenoménicos. Esos que, al estar plasmados por fuera de los mínimos requerimientos del discurso, de la heurística y la epistemología, resultan ser genuinos “actos de fe” y no discurso científico (Fodor, 1975). Creemos firmemente que si no generamos alguna forma de evaluación consensuada, terminaremos aceptando que “no importa lo que se dice, mientras se lo diga en la forma correcta y conforme a las reglas del discurso empírico-positivista” (Shanks & Tilley, 1987: 23).

¿QUÉ ES TEORÍA?

Claro que en esta propuesta hay un obstáculo nada pequeño. ¿Qué entendemos por teoría? Podría citar a continuación unas 18 páginas con definiciones del término. Pero ese volumen de definiciones no hace a la esencia de esta propuesta porque en casi todas ellas están ausentes la caracterización y el contexto de producción. Entre las que analizamos, una de las más amplias es considerar que “Theory is, of course, immanent in all we do: but it can be consciously or

unconsciously related to practice” (Sherrat, 1993: 127). Mientras que Funari (1999: 213) es en su definición mucho más pragmático y permisivo cuando dice que la teoría arqueológica «depende e claro, da definição do termo “teoría”».

Y este es el mayor problema de nuestra propuesta: la ambigüedad y fundamentalmente la permisividad con que se consideran como aportes teóricos, textos que apenas se titulan como tales.

Mi percepción del concepto de teoría es más simple. Mucho más simple. Retrocede a su origen etimológico: al “Theoros”, que era el representante enviado por las ciudades griegas a las celebraciones públicas. De ahí que para mí, el teórico sea su practicante concreto, es decir, una persona. Porque no hay teoría sin sujeto. Y ese sujeto —al decir de Habermas (1972: 301)— “through looking on, he abandoned himself to the sacred events”.

HACER TEORÍA

Si llegáramos a un acuerdo mínimo de lo que podemos considerar como teoría, el planteamiento inmediato es conocer cómo hacemos teoría los sudamericanos dentro de la investigación científica. Se trata entonces de una investigación que implica validar los modelos teóricos que se presentan, y a partir de ellos modificar las teorías. Señalado esto último como mera precisión semántica. Y lo hago porque, por ejemplo, entre muchos de nosotros subsiste una confusión entre lo que es exponer modelos, los cuales son “a logical construct relating a specified number of variables in a specified way” (Henneberg & Ostojja-Zagorski, 1984: 42), y lo que son teorías: “the intellectual ability to explain the observed variability in terms of general conditions” (Binford, 1991: 284). Y esta confusión simplemente impide la comprensión porque, “Texts are permanently fixed expressions ..., and that means that one partner in the hermeneutical conversation, the text, is expressed only by the other partner, the interpreter” (Gadamer, 1975: 349).

Si no enmarcamos el caos y la ambigüedad, cada texto tendrá una dimensión de comprensión subjetiva e individualizada. Lo cual conspira contra una de las definiciones básicas de ciencia: la efectiva comunicación. Esa es la razón por la cual rechazo que la prueba de hipótesis generadas a través del análisis de un sitio o conjunto de artefactos pueda brindar explicaciones y mucho menos modelos; en efecto

sólo genera descripciones. Esta es una de las raíces de nuestros planteamientos críticos: declamar textos ajenos y/o describir operaciones y objetos no es, y no debería ser considerado, teoría arqueológica.

CAMBIOS EN ARQUEOLOGÍA

Reconocemos que la arqueología ha cambiado y sigue cambiando profundamente. Pero la formación curricular que hace a los arqueólogos, no; o al menos no al mismo ritmo, una situación que algunos arqueólogos no hemos alcanzado a comprender ni mucho menos hemos podido asimilar. Por lo tanto, resulta muy difícil operar adecuadamente con conceptos y valoraciones extraídas de contextos académicos distintos, distorsionados además por presión curricular y por sus imperfectos procedimientos de evaluación (Consens, 1997).

En esos cambios, los sitios arqueológicos dejaron de ser depósitos de objetos y residuos materiales para ser hoy apenas una parte de los circuitos de movilidad, de transformación de materia prima, de abastecimiento, asentamiento o de extracción. Como también lo son de los circuitos simbólicos. Esto afirma que nuestros sentidos perceptuales y físicos de los yacimientos no solo están totalmente transformados, sino que son los que suelen generar la mayor cantidad de errores en los análisis teóricos.

Sumémosle a esta alta dinámica el hecho de que en cada país de nuestro continente existen situaciones particularizadas que dificultan, sesgan y particularizan a aquellos que desean emprender la investigación arqueológica, trascendiendo los circuitos intrainstitucionales (nuestras reconocidas “chacritas”¹) (Consens, 2000). Además, no todos los arqueólogos suramericanos, por la mera posesión de un título universitario, estamos necesariamente capacitados (léase formados) para manejar cómodamente filosofía, la cual resulta ser otro imprescindible para leer, analizar e incluso proponer teoría arqueológica. En realidad Eggert (1978: 142) es más cáustico y realista cuando dice: “[...] that archaeologists usally are pretty bad philosophers”.

1 *Chacrita* es un término utilizado en el Cono Sur (tanto por los hispanos como por los brasileños) que hace referencia a un pequeño espacio de trabajo, reducido, limitado, en el cual algunos investigadores realizan sus actividades.

OJEADA A LA TEORÍA ARQUEOLÓGICA EN AMÉRICA DEL SUR

La realidad es que nuestro continente está inmerso en discursos posmodernistas que se generan principalmente en las ciencias sociales, lo cual es una afirmación y no una crítica. Pero la ciencia debe ser generadora de conocimiento, y este conocimiento debe ser además, comunicable. Nosotros los arqueólogos reclamamos que la realidad material de los yacimientos no puede evaporarse en lo textual. Por ello insistimos en que en algún momento de las propuestas que se realizan en nombre de la teoría, las abstracciones teóricas deben confrontarse con lo empírico (los datos), puesto que “nadie puede aprenderse una palabra que exprese un concepto que no se posee” (Fodor, citado en Piatelli-Palmarini, 1983: 218). Y esto es no solamente válido, sino inmanente a la teoría arqueológica: una teoría de la materialidad.

De todo esto resulta que una parte importante de las contribuciones sudamericanas que se autoetiquetan como aportes teóricos pueden ser clasificados con extrema simplicidad en una de estas tres categorías: crítica, historiografía o producción. Aunque cuantitativamente hay un enorme desequilibrio en desmedro de la producción teórica. También resulta (con contadas excepciones y agregando lo que señalaremos más adelante) que no hay discusión o enfrentamiento en el ámbito académico sudamericano. Politis (1995) señala que hay dos explicaciones para que en dicho ámbito se produzca una especie de cambio gradual y no refutado en el uso de teoría y metodología. Su análisis nos remite a la estructura del poder académico que se ha desarrollado entre dos actitudes (o quizás paradigmas).

Nosotros entendemos que debemos agregar a su evaluación dos argumentos substanciales para comprender el desarrollo y la aplicación de corrientes teóricas en América del Sur. El primero es que en la base de muchas de las propuestas autodenominadas teóricas hay una carencia genérica de bases de datos calificadas para respaldarlas, lo cual obliga a consumirnos en etéreos discursos posmodernistas que solo poseen validación subjetiva. Nuestro segundo argumento es el que señalaremos como “diálogo del silencio”. Nosotros en América del Sur generamos verdaderos contextos de negación, los cuales producen situaciones que nos empujan al equívoco y al desacierto, a la paranoia y a la impotencia que encierra inevitablemente esta muestra *ad absurdum* de la ausencia de discusión. Porque en la medida en que

no existan o que no organicemos condiciones para debates de nivel y entorno académico, las referencias y los diálogos, que son segmentos immanentes en la teoría, seguirán mutilados y fundamentalmente ausentes de nuestras vivencias.

LOS ELEMENTOS DE LA PROPUESTA

Lo señalado anteriormente nos permite sugerir algunas consideraciones con las que deberíamos juzgar los aportes autotitulados como teoría arqueológica. Porque además de los pretextuados discursos subjetivos, también tenemos que considerar los planteamientos estructurales y otros contextuales adosados a ellos.

Coherencia

La exposición de las reglas metodológicas del discurso son parte de la dialéctica. Por lo tanto, un trabajo de teoría arqueológica debería poseer (al menos) estos dos aspectos: 1) Explicitar los criterios de relevancia utilizados para generalizar el tratamiento empírico de los datos que sustentan, soportan, o validan el modelo teórico propuesto o utilizado; y 2) sostener la suficiencia gnoseológica del racionalismo de la teoría utilizada. Si no hay explicitación de estos aspectos, no hay ni transmisión de conocimiento ni posibilidad de evaluar la estructura de los planteamientos. Nos hallamos frente a textuados discursos subjetivos.

La materialidad

Repetimos que no podemos separar la teoría arqueológica de la cultura material. O si lo prefieren con otra expresión, de la materialidad de sus fundamentos. Debe haber en las propuestas teóricas referencias a sus bases de datos que nos permitan ejercer alguna clase de verificabilidad de las proposiciones: sea como posdición o predicción. Y esas bases deben ser amplias y no puntuales.

En otras palabras y siguiendo a Saitta (1989), en arqueología hay que hacer empírica la dialéctica para no convertirla apenas en un discurso ideologizado. Siendo esta una idea que Gardin (1980) amplía al decir que uno de los aspectos descollantes de la evaluación arqueológica (el poder predictivo de las propuestas) solo puede efectuarse a través de las validaciones empíricas.

La arqueología es una ciencia esencialmente fáctica que emana de la materialización de la cultura; su teoría trasciende los objetos. Entonces a partir de ello reconozcamos que solo podemos concebir la teoría cuando integra la objetualidad. En otras palabras: la nuestra es una teoría de lo material. No puede evaporarse en el texto. Algo que Foucault (1981: 58) ha expresado en forma similar “that every interpretation is meant to explicate what is said by the text but does so by saying what is not been said in the text”.

Lo contextual

La ciencia no opera en un vacío social ni cultural. La teoría tampoco: “Archaeology theory is not independent of the problems that need to be solved: it arises out of particular problems and articulates them with others” (Yoffee & Sherrat, 1993). La ciencia y los investigadores ocupan un área específica, pero también un mercado concreto. En América del Sur este mercado ha transformado en ocasiones la investigación, manipulándola con varias excusas, entre estas, propósitos electoralistas y autárquicos que solo conciben la investigación académica a través de la imposición de normas para excluir y para manejar, y muy pocas veces para desarrollar (Consens, 1999).

Por lo tanto, decimos que las evaluaciones de textos teóricos deben considerar también los contextos de su producción y de su construcción epistémica, pues de aquí emana su sesgado entorno académico y se difunden mensajes políticos y mediáticos.’

Historiografía

Hemos señalado que muchas de las contribuciones autodenominadas como teoría arqueológica son escasamente historiografías. En algunas de las cuales se llega a eludir toda referencia a trabajos ya publicados, ya sea porque no se ajustan a sus sesgados objetivos, o porque sus autores son obcecados practicantes del diálogo del silencio. Esta es una desafortunada realidad que no podemos ignorar ni continuar callando en América del Sur.

No obstante, sí es necesario hacer historiografía, pero hay que hacerla ajustada a los parámetros de la comunicación científica, sin manipular los datos, y sin olvidar que en esencia los historiógrafos son “consumers rather than creators of theory” (Bradley, 1999).

El diálogo de ausencia

Anteriormente hicimos mención de los diálogos de silencio. En determinados ámbitos y para algunos arqueólogos, los aportes previos así como las críticas a sus proposiciones son sometidos a una conspiración de silencio, la que hemos denominado “diálogo de ausencia”. Para quienes actúan dentro de esos equívocos y deshonestos contextos de producción, ciertos aportes simplemente no existen ni son siquiera mencionados para su consideración crítica o bibliográfica; omiten toda referencia a investigaciones y a proyectos que compiten académicamente, esta ausencia se extiende incluso a trabajos publicados.

Nosotros entendemos que todo trabajo amerita una evaluación. En teoría, esto es fundamental. ¿Pero cómo se puede hacer evaluación dentro de diálogos de ausencia? Esta clase de desprestigiadas propuestas amputadas no deberían tener cabida dentro de las propuestas teóricas. Son malévolas autopromociones.

Recordemos que en esta forma de enmascarar la realidad de la investigación científica académica, junto a los silencios individuales están también los institucionales. La expresión más notoria de la presencia de estas formas de “hacer teoría” en nuestro continente se refleja en la dificultad de incorporar códigos de ética dentro de algunas asociaciones profesionales. Y señalo esto además, porque más allá del mero enunciado de la posesión de tal código, es evidente la ausencia de su concreta aplicación.

Los oscuros mecanismos de las críticas

Otro aspecto a considerar en el contexto de generación de conocimiento es la objeción, e incluso el rechazo por parte de algunos arqueólogos, a los aportes teóricos apenas por su procedencia geográfica, en un delirante nacionalismo chauvinista.

Creemos que en lugar de rechazar ideas porque procedan del ámbito sajón o francés, sería más importante rescatar lo que dicen y cómo lo dicen. Cowgill (1989) es un ejemplo. Sus análisis críticos apuntan específicamente a los datos y construcciones de los metadatos que soportan y justifican los aportes presentados en las propuestas que él examina. Contrariamente, muchas veces hacemos estos análisis en América del Sur con lecturas políticas y personalizadas.

Nos encontramos con trabajos que, más allá de su disertación, muy pocas veces explicitan los datos que los sustentan (o deberían

sustentarlos) y menos aún, hacen alguna referencia a los procedimientos de construcción de dichos datos. Por lo tanto, las respuestas dadas a las acertadas críticas que se les formulan son estigmatizadas por los autores como simples ataques personales. Lo cual tiene, a mi juicio, el efecto de introducir en aquella que debiera ser una discusión académica elementos de nuestro profundo realismo mágico literario.

Algunas respuestas dadas a esas pertinentes críticas apuntan a procurar el estigma institucional. De acuerdo con esta forma de metamorfosis de la realidad, los criticados concluyen que la crítica realizada no ha sido dirigida a sus ideas, sino que es tan solo un medio para desacreditar la institución a la cual pertenecen. Como corolario de esta irrealidad, la institución de quien así se autoseñala como ofendido se alza en cuanto escudo protector en airada defensa de su miembro. Y asistimos asombrados y perplejos al modo en que los planteamientos críticos a las ideas contenidas en un simple trabajo arqueológico son expulsados de las fortalezas institucionales.

Luego, en esas nada científicas pujas que vemos transparentar en varias publicaciones, y también en la organización de algunas reuniones científicas, nada se dice de lo que constituye la esencia de la formulación teórica: modelos, datos, construcciones heurísticas, razonamiento, etc. Por lo tanto, estos procedimientos de manipulación de las críticas, no pueden validar ninguna forma de teoría científica. De mantener sin impugnar esos equívocos procedimientos, ¿qué crítica arqueológica podemos hacer en América del Sur?

LA POSMODERNIDAD EN LA QUE ACTUAMOS

Debemos reconocer que estamos inmersos en discursos posmodernistas. Principalmente en los de las ciencias sociales. Los cuales surgen en el campo de la teoría arqueológica, vapuleando los aportes modernistas a través de argumentos que apuntan al quiebre de los mismos planteamientos teóricos. Genéricamente las premisas teóricas empleadas se basan en el proyecto de Descartes y en los aportes del iluminismo hasta alcanzar a Comte, Marx, Weber, Popper y otros. El posmodernismo critica el substrato de dichas posturas porque entiende que en la exploración que estas hacen de los principios del conocimiento, subyacen aserciones totalizadoras y universalistas, además acometen contra lo que entienden por su ineludible corolario: el exceso de confianza que

ellas nos prometen al proveernos de verdades apocalípticas obtenidas por un manejo falaz de un racionalismo simplista.

Las críticas posmodernistas atacan duramente tanto las creencias como las formas que usamos para representarlas, las cuales nos hacen creer que las teorías que empleamos son apenas un espejo de la realidad. Señalan también que los perspectivistas y relativistas brindan apenas imágenes parciales de los objetos, y que las representaciones cognitivas que usamos son productos mediatizados por el lenguaje y los contextos históricos. Bajo esos planteamientos, la visión macro-totalizadora del mundo que nos da la arqueología moderna apenas proyectaría su historia y su sociedad (Lyotard, 1984). Por lo tanto, y de acuerdo a los posmodernistas, no debemos asumir la existencia de axiomas de causalidad o coherencia, bajo los cuales se reconstruyan conductas del pasado. Por el contrario, el arqueólogo debe reconocer la multiplicidad, la pluralidad, la fragmentación y la indeterminación, para lo cual se le intima a abandonar la racionalidad y la unicidad del objeto, proponiendo apenas la recuperación de un sujeto socialmente fragmentado y lingüísticamente descentrado (Habermas, 1981).

Esa posmodernidad es el ambiente en el que hoy actuamos, que dice competir en la realidad con una explotación capitalista que está desbaratando las clases tradicionales de obreros, burgueses, campesinos, e incluso la propia diferencia de género. Una explotación que a su vez crea instituciones, prácticas y discursos que legitiman sus formas de dominación y aquellas otras de control. Por todo esto nos encontramos inmersos en un confuso proceso donde la razón se subvierte y las promesas de liberación son en realidad “masked forms of oppression and domination” (Horkheimer & Adorno, 1972: 128).

Las dispares condiciones socioeconómicas que avivan estas aproximaciones posmodernistas acrecientan la fragmentación cultural, introducen substanciales cambios en la percepción del tiempo y el espacio, y valoran las experiencias subjetivas. Asumimos la existencia de una materialidad que es apenas la imagen construida a través de discursos ideologizados y sometidos a los cotos institucionales. Por lo tanto, cada visión, cada experiencia, es válida porque es además única. Los modernistas se defienden contraatacando el excesivo relativismo de los posmodernistas, su irracionalidad argumentativa, y en el fondo, el nihilismo de sus propuestas.

Comprendemos la dificultad de generar ciencia en este contexto radicalizado. No por la imposición de dogmáticas posturas equivalentes a credo, sino porque la ciencia debería ser generadora de conocimiento compartido y además comunicable. Somos entonces altamente escépticos acerca de si es posible generar algo más que discursos individuales sin manipular los yacimientos (sus contenidos y sus relaciones). La realidad material no debería evaporarse en lo textual, o ser proclamada como obra de arte.

TEXTOS COMO ARTE

Recalamos que lo textual no implica ni es necesariamente conocimiento. Chomsky (citado en Piatelli-Palmarini, 1983: 220) planteó la inexistencia de una directa correlación entre pensamiento y lenguaje. Lo cual nos permite escribir (decir) independientemente de lo que pensemos. Una dicotomía que surge como una falsa analogía, dado que necesitamos del lenguaje para dar expresión (oral o escrita) a lo que pensamos. En efecto, esto desautoriza (al menos epistémicamente) la mera manipulación de conceptos abstractos, pues en algún momento estos deben confrontarse con lo empírico (los datos); como se mencionó anteriormente, “nadie puede aprenderse una palabra que exprese un concepto que no se posee” (Fodor, citado en Piatelli-Palmarini, 1983: 218). De todas maneras, y luego de Barthes (1967), algunos arqueólogos han asumido que los textos arqueológicos pueden ser leídos simplemente como portadores de funciones comunicativas, dado que están estructurados semióticamente como textos. En realidad, esta postura deriva no de la lectura denotada de los textos arqueológicos, sino solo de una metáfora analítica. Se produce entonces un desvío del argumento base, porque lo semiótico queda, o comprimido en lo que en el texto se mencione, o transformado (en una derivación total de sus propósitos) apenas en un “arte de la lectura” (Whitley, 1998: 257). Esto es curioso porque casi todos aceptamos que el registro no es de manera alguna un texto en el sentido denotativo ni tampoco como metáfora anecdótica, sino que es una interpretación que no puede ser usurpada literalmente y, sin embargo, no todos estamos dispuestos a aceptar que dicha interpretación está teñida, embebida de contextos cognitivos diferenciales que transforman cada registro en un contexto individualizado. Pero aun así, el contexto no puede ser revelado tan solo como una válida experiencia personal subjetiva.

ACERCA DE PATRIMONIOS Y SUS ENTORNOS

En los referidos análisis de muchos textos arqueológicos surgen evidentes ausencias de referencias a textos anteriores y a sus contenidos, lo cual plantea que no necesariamente son las ideas las que limitan el acceso a los sitios y a las discusiones académicas. Dichos textos propenden a repetir historiografías sesgadas, a utilizar como referencias enunciados teóricos reconocidamente confrontados en una misma propuesta, y evidencian una marcada inconsistencia entre los enunciados textuados y las bases de datos utilizadas, que muy pocas veces son definidas en sus marcos operativos, lo que imposibilita la revisión científica basada en control y contrastación.

Es usual encontrar en los últimos trabajos presentados inflexibles etiquetas puestas sobre publicaciones previas. Se ha señalado reiteradamente que algunos de estos trabajos responden a paradigmas “histórico culturales”; una tan arbitraria como equívoca etiqueta que apunta a desmeritar las conclusiones realizadas sin hacer mención de la realidad del yacimiento y de sus artefactos. Lo cual abre la incógnita de la real capacidad profesional de sus recientes etiquetadores.

En otras oportunidades surgen además impúdicas intervenciones de instituciones del Estado que así desconocen la inmanente propiedad intelectual que emerge de la investigación. Con estos equívocos procedimientos tratan de adueñarse del Patrimonio, que es siempre una construcción ideológica y política (Consens, 1989; Lima, 1988).

Así leemos cómo se continúan generando propuestas de reinterpretación de datos contruidos en marcos distintos, e incluso sin marco alguno; y sin hacer la menor referencia a la estructura de elaboración de metadatos que obtuvieron. Esto no solo invalida, sino que también cuestiona toda característica de “teoría” con la que se han autopromovido estas aproximaciones. Tales diferencias se muestran como “incuestionables” que surgen de los contextos de formación curricular y de sus obsoletos métodos de evaluación.

Tal situación es evidente hoy en día en la reiterada imposibilidad de acordar la vigencia de algún código de ética —siquiera aquellos “minimalistas” en el sentido dado por Mackie (1977)— que pueda funcionar. Y esto lo enfatizo porque no es posible hacer teoría arqueológica sin la protección y el cumplimiento de normativas éticas (cfr. Davis, 1995; Nino, 1992: 110-112; Popper, 1966).

Podemos especular que algunas de estas erróneas acciones son propias de una arqueología que busca desordenadamente nuevas sendas. Una arqueología que cambió incluso más allá de las propias expectativas de los investigadores, pese al “clientelismo” restrictivo y celosamente custodiado administrativamente que en algunos países (y en especial en Uruguay) asumen los pocos funcionarios del Estado que por su mera designación política creen ser los conocedores de las complejas actividades arqueológicas y sus entornos ambientales, históricos, educativos y patrimoniales (Consens, 2004a).

CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo apunta a señalar que la arqueología —y nosotros en cuanto investigadores— debe contar con la capacidad de generar formas de debate que reconozcan la existencia de condiciones y limitaciones para generar teoría arqueológica. Asimismo, que las teorías sean concebidas como herramientas exploratorias de conocimiento, y no como rígidas fórmulas rituales utilizadas por una elite de investigadores.

Creo firmemente que las teorías —en cuanto científicas y no apenas meros discursos personalizados— generan diálogos potenciadores de nuestra capacidad intelectual y profesional.

Estas ideas me permiten concordar y desacordar con Funari cuando él dice que “a teoria tem um papel crucial em impulsionar os arqueólogos ao pensamento crítico, á interpretação e análise e, não menos importante, a desafiar as ideias e práticas estabelecidas” (1999: 217). Concuero con él en el papel vital que la teoría tiene para el desarrollo científico y para la formación del conocimiento pluralista. Pero digo con igual énfasis que se deben denunciar las prácticas deshonestas que la condicionan (cfr. Consens, 2004b; Funari, 1999: 217). Entre muchas otras razones, para no ser cómplices de los diálogos de ausencia.

Terminamos reseñando que en los últimos años hemos visto surgir en nuestro continente una importante cantidad de ensayos clasificados como “teoría arqueológica”. Muchos de estos son productos híbridos, que no consideran las reglas epistemológicas del discurso y cuyos autores no cuestionan o indagan las coacciones académicas y curriculares que los incitan a su acrítica producción. Estos autores

también ignoran los entornos que los contaminan, razón por la cual condicionan y reducen sus publicaciones. Estas terminan por ser *textos* plenos de citas, alusiones y proposiciones que han servido apenas de *pretexto* para retóricos discursos, los cuales no consideran los *contextos* filosóficos, epistemológicos y políticos de su producción.

Por ello decimos que este trabajo no es solo una propuesta de reflexión, sino también de exposición y reclamo acerca de la necesidad de generar un consenso comunitario de los parámetros críticos, dentro de los cuales deben desenvolverse las contribuciones teóricas que todos necesitamos en la arqueología sudamericana.

Después de todo, recordemos que así como “The reader is absent from the writing of the book, the writer is absent from its reading” (Ricoeur, 1970: 172)².

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barthes, R. (1967). *Elements of Semiology*. London: Jonhatan Cape.
- Binford, L. R. (1991). There is more we need to know. In T. D. Dillehay & D. J. Meltzer (eds.), *The First Americans: Search and Research* (pp. 265-286). Boca Raton: CRC Press.
- Bradley, R. (1999). *A bird, a bee and a butterfly: the contribution of British prehistorians to archaeological theory*. Theoretical Archaeology Group Cardiff. Recuperado el 26 de noviembre de 1999, de <http://www.cf.ac.uk/hisar/conferences/tag99/plenary.html>
- Consens, M. (1989). *Patrimonio: transgresión a la dinámica cultural*. Ponencia presentada en Jornadas Taller “El uso del pasado”. Mesa: Legislación (pp. 5-8), La Plata, Argentina.
- Consens, M. (1997). *Creatividad: la visión antropológica*. *Creatividad*, tomo I, (pp. 43-56). Montevideo: Roca.
- Consens, M. (1999). Patrimonio Nacional como autarquía: el ejemplo del Uruguay. En Congresos de antropología y arqueología. [En CD-ROM]. Buenos Aires: Equipo NAYA.
- Consens, M. (2000). Sobre ética, responsabilidad e profesionalismo: o caso das chacrinhas. En *Anais do IX Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira* [En CD-ROM]. Rio de Janeiro: Sociedade de Arqueologia Brasileira.

2 Agradecimiento: a la Lic. Veronica Etchart por la revisión y análisis de esta ponencia.

- Consens, M. (2004a). Arte rupestre e investigación en Uruguay: dificultades para una práctica ética de la profesión. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 73-90). Córdoba, Argentina.
- Consens, M. (2004b). Este no es un artículo sobre teoría arqueológica. En G. Politis & R. Peretti (eds.), *Teoría Arqueológica en América del Sur* (pp. 41-63). Incuapa: Olavarría.
- Cowgill, G. L. (1989). The Concept of Diversity in Archaeological Theory. In R. D. Leonard & G. T. Jones (eds.), *Quantifying Diversity in Archaeology* (pp. 131-141). Cambridge: Cambridge University Press.
- Davis, J. L. (1995). Seminar: Archaeological Theory and Ethics. University of Cincinnati.
- Eggert, M. K. (1978). Comment: On Form and Content. En C. Renfrew, M. J. Rowlands & B. A. Seagraves (eds.), *Theory and Explanation in Archaeology*. The Southampton Conference. New York: Academic Press.
- Feyerabend, Paul. (1982). Academic ratiocism. Comments on Tibor Machan's Review. *Philosophy of the Social Sciences*, 12, 191-195.
- Fodor, J. (1975). *The Language of Thought*. New York: Crowell.
- Foucault, M. (1981). The order of things. In R. Young (ed.), *Untying a text: a post-structuralist reader*. London: Routledge & Kegan.
- Funari, P. P. (1999). A importância da teoria arqueológica interacional para a Arqueologia sul-americana: o caso brasileiro. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* (pp. 213-217).
- Gadamer, H. G. (1975). *Truth and method*. New York: Seabury Press.
- Gardin, J. C. (1980). *Archaeological Constructs. An Aspect of Theoretical Archaeology*. Paris: la Maison des Sciences de l'Homme.
- Habermas, J. (1972). *Knowledge and Human Interest*. Beacon Press: Boston.
- Habermas, J. (1981). *The philosophical discourse of modernity: twelve lectures*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Henneberg, M. & Ostojka-Zagorski, J. (1984). Use of a General Ecological Model for the Reconstructing of Prehistoric Economy: The Halstatt Period Culture of North-Western Poland, *Journal of Anthropological Archaeology*, 3, 41-78.
- Horkheimer, M. & Adorno, T. W. (1972). *Dialectic of Enlightenment*. New York: Herder & Herder.
- Lima, T. A. (1988). Patrimonio arqueológico, ideología y poder. *Revista de Arqueología*, 5, 19-28.

- Lyotard, J. F. (1984). *The postmodern condition: a report on knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mackie, J. L. (1977). *Ethics: Inventing Right and Wrong*. New York: Penguin.
- Nino, S. (1992). El racionalismo crítico y la fundamentación de la ética. En *Popper y las Ciencias Sociales II* (pp. 105-120). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Piattelli-Palmarini, M. (1983 [1979]). *Teorías del lenguaje. Teorías del aprendizaje: el debate entre Jean Piaget y Noam Chomsky*. Traducción de Silvia Furió. Editorial Crítica.
- Politis, G. (1995). The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America. In P. Ucko (ed.), *Theory in Archaeology. A World Perspective* (pp. 197-228). London: Routledge.
- Popper, K. (1966). *Addenda a The Open Society and its Enemies*. Princeton: Princeton.
- Ricoeur, P. (1970). Qu'est-ce qu'un texte. Expliquer et Comprendre. En J. C. B. Mohr (ed.), *Hermeneutik und Dialektik Bd ii* (pp. 181-200). Tuebingen.
- Saitta, D. J. (1989). Dialectics, critical empiry and archaeology. In V. Pinsky & A. Wylie (eds.), *Critical Traditions in Contemporary Archaeology* (pp. 38-43). Cambridge: Cambridge University Press.
- Shanks, M. & Tilley, C. (1987). *Social theory and archaeology*. Cambridge: Polity Press.
- Sherrat, A. (1993). The Relativity of Theory. In N. Yoffe & A. Sherrat (eds.) *Archaeological Theory: who sets the agenda?* Cambridge: Cambridge University Press.
- Whitley, D. S. (1998). By the Hunter; For the gatherer. In D. S. Whitley (ed.), *Reader in Archaeological Theory* (pp. 257-274). London: Routledge.
- Yofee, N. & Sherrat, A. (1993). The sources of archaeological theory [Introduction]. In *Archaeological theory; who sets the agenda?* Cambridge: Cambridge University Press.